

En Caso De Muerte

Un texto de: Juliana Reyes

Escena 1

Escenario y público se encuentran completamente iluminados. En el centro de la escena, frente un atril con varios micrófonos y grabadoras, un hombre elegantemente vestido (Robert) observa el ingreso del público a la sala; encima del atril, un sobre de papel. Espacio dispuesto para una rueda de prensa. Robert observa a los asistentes hasta que el flash de una cámara lo encandila. Su interlocución es totalmente naturalista, no hay ni un gesto de más en él.

Robert –

De verdad, muchas gracias por venir. Sé que es una rueda de prensa organizada a última hora pero... bueno... creí necesario encontrarnos; quiero decir, poderles hablar directamente yo, sin ningún intermediario. Ustedes han escrito y comentado en los medios muchas cosas... mi abogado ha hablado y planteado los términos de nuestra defensa, en fin... Pero ahora creo que es importante que me escuchen a mí.

(Se limpia el sudor de la cara y saca un papel del bolsillo, mientras los flashes de varias cámaras lo encandilan. Su mano tiembla.)

Me van a perdonar, pero prefiero leerlo... *(Lee)* “Un hombre... no se hace servidor público; como no me hice yo ni otros tantos que han servido y siguen sirviendo a este país. Es algo con lo que se nace, un deseo incrustado en las entrañas, una obligación profunda por hacer de nuestra existencia algo útil para el mundo... Sin embargo, esta sentencia injusta que me obliga a no ejercer cargos públicos durante 16 años... *(Mira al público afectado)* ¡16 años!... *(Vuelve al papel)* no sólo atenta contra mi propia naturaleza, sino que afecta mi honorabilidad y la de mi familia. Una carrera intachable de más de veinte años en la Función Pública, está siendo apedreada por una minoría feroz que sabe hacer mucho ruido y que busca corromper a una nación próspera y fraterna como ha sido la nuestra. Hoy, somos muchas las víctimas de esta conspiración política, de esta sórdida cacería de brujas que ha cegado a nuestro sistema judicial, quitándole la capacidad de discernir y poniendo en juego la solidez de nuestra democracia.

La condena de 10 años de cárcel que estamos apelando, no sólo es injusta, sino totalmente arbitraria e ilegal. Las pruebas presentadas en mi contra son un chiste a la justicia y un atentado contra la dignidad humana; cualquiera con un poco de sentido común las desestimaría de inmediato. Soy inocente... *(Mira al público)* ¡Inocente!... y no me cansaré de repetirlo... *(Vuelve al papel)* pero nuestro sistema judicial ha perdido la razón en manos de gente inescrupulosa y las personas de bien somos tratadas hoy como criminales.

(Saca un pañuelo y se limpia el sudor de la frente, su nerviosismo aumenta)

Debo dar gracias al Señor por tantos retos apasionantes y vivencias maravillosas que me ha dado, pero sobre todo por la familia que tengo. *(Mira al público y aclara)* Una esposa cómplice y valiente y un hijo ejemplar, capaces de darme fuerza en estos difíciles momentos. *(Continúa leyendo)* Mi vida ha cambiado sin razón aparente... Muchas personas me han manifestado su solidaridad, pues saben que soy inocente y quieren ayudar; pero la ceguera de nuestra justicia es de tal tamaño, que no veo cómo poder evitar que me castiguen por un delito que no he cometido... Las personas que me conocen saben lo absurdo e injusto de estos señalamientos y del castigo que pretenden aplicarme, siendo alguien inocente de los cargos que se le imputan. Pido a aquellos que creen en mí que recen por mi familia... *(Se le quiebra la voz y vuelve a tomar impulso)* pero sobre todo que mantengan una actitud combativa para despertar al sistema judicial y hacerle caer en cuenta del atropello que se está cometiendo conmigo. No cesen sus esfuerzos en la búsqueda de la verdad, pues ella permitirá que mi familia vuelva a tener paz y tranquilidad.

Al terminar, guarda el discurso en el bolsillo de su chaqueta, coge el sobre que ha estado todo el tiempo encima del atril y de él extrae una pistola. Varios flashes lo encandilan. Algunas personas gritan entre el público.

Robert-

Por favor... abandonen la sala si esto les... ¡No!... ¡No se acerquen!... *(Mueve la pistola sin control)* ¡Retrocedan o esta cosa va a herir a alguien! *(Con rapidez y nerviosismo mete la pistola en su boca. Gritos... multitud de flashes vuelven a brillar. Suena un disparo y un rápido cambio de luces deja a Robert en la penumbra. Suenan los acordes de una guitarra., mientras un cenital ilumina a un hombre (Alan), con un aspecto teatral exagerado, que se encuentra entre los espectadores)*

Alan – (Sonriendo)

¿Hasta dónde estamos dispuestos a ver?... ¿hasta dónde somos capaces de mostrar?...

(Suenan los acordes de una trompeta. Alan continúa hablando -sobre la música- de forma rítmica y festiva, mientras camina hacia el escenario y una luz lo sigue en su trayecto.)

Alan-

No es el principio. No.
Es otro tiempo menos propicio.
Es el momento del precipicio.
Llegó de golpe,
sin previo aviso.
Salto al vacío
Y yo me río
de nuestros ojos ahí observando
¡Ay! que me río
¡Ay! cuánta gracia da la desgracia
El fin que llega...
y nuestros ojos ahí observando.

El sonido de la trompeta se mezcla con otros instrumentos en una música festiva. La luz del escenario sube y vemos a Robert inerte en el suelo. Desde distintos lugares del escenario y el patio de butacas, entran a escena varios músicos y cantantes para conformar un animado coro que canta y baila alegremente.

Coro – (Cantando)

Son los ojos los que observan
lo que hacen los demás.
Siempre somos observados,
siempre hay ojos que nos ven.

Si no hay otro que nos vea,
si no hay nadie para ver,
la conciencia aparece
y nos juzga como aquel.

Alan se acerca a Robert, le quita la pistola y le cierra los ojos.

Nadie puede esconderse
de ese ojo interior,
siempre atento y escondido
siempre listo para ver.

Es humano verse expuesto
frente a todos los demás.
Siempre hay ojos que te miran,
siempre expuesto vas a estar.

Si te exhibes frente a otro,
si te muestras de verdad,
sé consciente de qué enseñas
y qué quieres ocultar.

En tu cuerpo está el presente,
pero adentro lo demás.
Siempre oculta hay una parte,
que se queda sin mostrar.

Esos ojos que hoy observan
lo que hacen los demás,
esos ojos que te miran
se divierten al mirar.

Esos ojos que te miran
se divierten al mirar.

Durante la canción, los integrantes del coro han desarmado el espacio, llevándose a Robert cargado como un cadáver y quitando los micrófonos y el atril, para disponer los objetos y elementos de la siguiente escena y así, al final de la canción, haber creado un nuevo espacio escénico.

Escena 2

Habitación. Al fondo de la escena, una mesa sobre la cual descansa un televisor con la pantalla rota; un gran agujero deja ver el interior del aparato. Junto a la mesa, un aparador con varios cajones; al lado derecho (según el público), dos sillas de madera sobre las cuales reposa una maleta abierta; al otro lado, un armario abierto donde hay ropa colgada, tanto de hombre como de mujer. En el centro, de espaldas al público, un sillón de tres puestos mira de frente al televisor. Al terminar de organizar el espacio, músicos y cantantes (el coro) se quedan en escena; algunos sentados en el suelo, otros encima del sillón, sobre el aparador, en la mesita del televisor, etc. Aunque su aspecto es festivo y circense, permanecen en silencio y con una actitud apesadumbrada. Por el costado derecho (según el público) entra Blanca; trae algunas cajas que pone junto al aparador. Se ve afligida, mayor, sin fuerza. Observa la habitación sin saber muy bien por dónde empezar. El silencio es profundo y cortante. Blanca se dirige al armario y se queda mirando la ropa sin atreverse a cogerla. El silencio continúa por algunos segundos.

Alan – *(Al público)*

¿Qué estará pensando... ahí inmóvil frente al armario?

Silencio. Blanca vuelve al aparador, abre un cajón, mira con cuidado su contenido y selecciona algunos objetos que va poniendo con cuidado en la caja.

Alan – *(Al público)*

Ella es Blanca.

Coreuta 1 –

¿La esposa?

Alan –

Sí. Ella.

Coreuta 4 –

Blanca.

Coreuta 2 –

La esposa.

Coreuta 3 –

¿La esposa?

Todos –

¡Sí!

Coreuta 3 –

La esposa... ¿de quién?

Silencio. Todos miran al Coreuta 3 de forma inquisidora.

Coreuta 3 –

¡Ah!... De... ¡Ya!.. ¡Ya!...

Alan –

¡Ella!...

La esposa.

La esposa cómplice y valiente.

La que está ahí, un poco ausente.

Tal vez perdida en el presente.

Todos -

¡Ella es!

¡Ella es!

Alan –

La que camina contracorriente.

La que despierta casi inconsciente

Pues el dolor dice ¡detente!

Todos -

¡Ella es!

¡Ella es!

Alan –

¡Ella!...

Blanca

La esposa.

Aquí ante ustedes está doliente.

Aquí ante ustedes está presente

Todos -

¡Ella es!

¡Ella es!

Alan –

Aquí está Blanca

Que es la esposa

La que está ahí, un poco ausente.

Tal vez perdida en el presente.

La que camina contracorriente.

La que despierta casi inconsciente

Pues el dolor... dice ¡detente!

¡Ay! el dolor... aquí presente.

Todos -

Ellaaaaaa... ¡es!

Silencio. Blanca cierra el cajón y abre otro. Al mirar su contenido, decide sacar el cajón del aparador. Se dirige con él hasta el sillón. Los coreutas que se encuentran allí sentados se levantan para dejarle sitio. Silencio. Blanca se sienta en el sillón, de espaldas al público, para revisar meticulosamente el cajón. Todos los coreutas se acercan y forman un grupo frente a ella, que informa al público lo que ve.

Alan –

Está revolviendo los objetos con cuidado.

Coreuta 1 –

Los observa.

Coreuta 2 –

Los detalla.

Coreuta 3 –

Pero... ¿busca algo?

Coreuta 4 –

No, no parece. Sólo escarba.

Alan –

Quizá piensa...

Coreuta 2 –

O recuerda...

Todos –

¡Coge uno!

Coreuta 1 –

¡Es un cofre!

Coreuta 2 –

¡No lo abre!

Coreuta 3 –

¿Qué habrá adentro?

Todos

¡Se levanta!

Coreuta 4 –

¿Sentirá la presencia de él en algún lado?

Todos – *(Al coreuta 4)*

¡Shhhhh!

Silencio. Blanca permanece de pie frente al sillón con un cofre pequeño en la mano. Silencio. Camina hacia el aparador y lo guarda en una de las cajas que están en el suelo. Vuelve al sillón. Todos observan su desplazamiento. Se sienta. Se miran entre ellos y luego miran al Coreuta 4. El Coreuta 4 camina hasta la caja, saca el cofre y mira su contenido. Todos lo miran expectantes. Blanca sentada en el sillón continúa su acción, sin percibir nada. El Coreuta 4 camina hasta el lugar donde se encuentra el coro.

Todos -

¿Y?

Coreuta 4 -

Son... ¡ay! ¿Cómo se llaman?... Ehmm..... ¡ay!... lo tengo en la punta de la lengua... esas cosas que se usan para las camisas...

Coreuta 1 -

¿Prendedores?

Coreuta 4 -

Nooo... Ehmmm....

Coreuta 2 –

¿Lazos?...

Coreuta 1 –

¿Moños?...

Coreuta 2–

¿Broches?

Coreuta 4 -

No, no, no... para las camisas de hombre.

Coreuta 3 -

¡Ah!... ¡Los gemelos!

Coreuta 1 –

¿Gemelos?

Coreuta 3 – (Explicativo)

Las mancuernas que se usan para cerrar los puños de las camisas.

Coreuta 4 -

¡Sí!... ¡Esos! ¡Esos!... hay... por ahí... once pares.

Todos se miran entre sí. Silencio. Vuelven a observar a Blanca. Silencio.

Alan –

Pobrecita...

Todos –

Sí... pobrecita

Silencio.

Coreuta 1 -

Dicen que le dejó una nota.

Todos – Buscando en Alan la respuesta

¿Ah sí?

Alan -

Sí... ¡Eso dicen!

Coreuta 2 –

Y ¿dónde está?

Alan levanta los hombros, indicando que no sabe. Silencio

Coreuta 4 -

¡Masculla algo!

Coreuta 3 -

Sí, sí... ¡algo dice!

Silencio. Todos intentan oír.

Coreuta 1 – (En susurro)

No se entiende nada.

Silencio.

Coreuta 2 - (En susurro)

Pero sí... está diciendo algo...

Coreuta 1 - (En susurro)

Si... si... yo sé que está diciendo algo pero...

Coreuta 3 - (En susurro)

¿No será más bien que está llorando?

Coreutas 1 y 2 – (En susurro)

No.

Coreuta 4 –

¡Canta algo!

Silencio. Se acercan un poco a Blanca. Silencio. Se miran entre ellos y luego miran al Coreuta 4. El Coreuta 4 resignado sale de escena y a los pocos segundos regresa con un gran micrófono en la mano. Blanca sentada en el sillón continúa su acción, sin percibir nada. El Coreuta 4 se acerca a Blanca y le pone el micrófono en la boca.

Blanca – (Mascullando una canción, que apenas se entiende)

Niña bonita

de ojos grandes y risa alegre

mira en el fondo de mi pupila,
mira el dibujo que se perfila.

Es tu sonrisa la que me invita,
niña bonita,
la que me grita,
niña bonita,
la que me incita,
es tu sonrisa,
niña bonita.

Y ahí en el fondo de mi pupila,
está tu imagen, niña bonita;
está tu brillo, mi consentida;
esta el an... mm mmmm.. m... m...

Blanca interrumpe la canción. El Coreuta 4 mira al coro. Blanca se levanta. Todos la miran expectantes. Silencio. Blanca se dirige junto al aparador y vacía fríamente el contenido del cajón en una de las cajas que está en el suelo. Silencio. Blanca permanece inmóvil con el cajón en la mano. El coreuta 4 corre hasta allí y escarba el contenido de la caja que acaba de llenar Blanca.

Alan –

Blanca permanece inmóvil con el cajón en la mano... ¡Siente el silencio de la habitación!

Coreuta 3 –

Pero...

Todos - (En susurro)

¡Shhhh!

Alan – (Enfático al Coreuta 4)

¡Siente el silencio de la habitación!... ¡Nada se mueve!... ¡No se siente ni un solo ruido!

El Coreuta 4 se detiene y vuelve junto al coro. Silencio

Alan –

Pone el cajón en su sitio. *(Blanca lo hace)* Camina hacia el armario. *(Blanca lo hace)* Descuelga los trajes de hombre. *(Blanca los descuelga)* Atraviesa la habitación y se dirige hacia la maleta. *(Blanca lo hace)* Hace de los trajes un solo bulto y lo guarda en la maleta. *(Blanca lo hace)* Cierra la maleta.

Blanca camina hasta el proscenio (a la esquina derecha, según el público) y al llegar allí mira al frente sin ninguna expresión. Alan coge el micrófono que tiene el Coreuta 4. Los músicos tocan una melodía melancólica.

Alan – *(Con el micrófono)*

Blanca cerró la maleta y la puso junto a las cajas. Tenía la boca tensa y los dientes apretados como rejas.

Mientras él habla y los músicos tocan, el resto del coro empieza a vaciar el espacio, con cuidado de no hacer ruido. Blanca mira al público inexpresiva.

Alan –

Sus manos estaban ásperas, casi tanto como el ambiente, pero no podía dejar de mover los dedos pulgares, que tocaban ansiosos las yemas de los demás dedos. Abrió los cajones que faltaban del aparador y sin mirar su contenido los fue vaciando -uno a uno- en las cajas que aún estaban vacías en el suelo. Caminó lentamente hacia el armario. Una vez allí, cogió las puertas y las cerró lentamente, y dejó caer su frente posándola en la madera. Permaneció así inmóvil durante algunos instantes. Decidida inspiró una bocanada de aire, apretó un poco más la mandíbula y se dirigió a la mesa donde se encontraba el televisor con la pantalla rota. Con mucho esfuerzo intentó levantarlo, pero no pudo. Se sentía débil. Pensó sentarse, pero no lo hizo sino que volvió a intentarlo y fracasó por segunda vez. Casi rabiosa, trató de levantar el televisor varias veces y una tras otra fue fracasando en el intento. Finalmente, su cuerpo se desvaneció impotente en el suelo y fue ahí, justo en ese momento, cuando sintió deseos de llorar por primera vez, pero no lo hizo.

Un rápido cambio de luces deja el escenario en penumbra y un cenital ilumina a Blanca, mientras los flashes de varias cámaras la encandilan. Sobre la música se escucha un canto,

que más que canto parece un lamento. Blanca mira con nerviosismo al público, se muerde los labios y sin decir nada sale de escena. Silencio. La luz queda encendida por algunos instantes. Alan asoma la cabeza en el rayo de luz.

Alan – *A la cabina de iluminación.*

¡Apaga!... ¡Apaga!... que no va a dar ninguna declaración.

Oscuro.

Escena 3

Un cenital con la luz un poco más fría de lo normal se enciende en el lado izquierdo del proscenio. Robert se encuentra sentado frente a un escritorio, donde hay un computador portátil, varios papeles en desorden y una botella de whisky. Tiene las mangas de la camisa arremangadas y la corbata desajustada. Suda.

Robert –

(Escribe en el computador con nerviosismo) una... minoría... feroz... que grita... No... una minoría feroz que sabe... que sabe hacer mucho ruido... y que busca... que busca corromper... a una nación... (Deja de escribir) A ver... (Lee) Una minoría feroz que sabe hacer mucho ruido y que busca corromper a una nación... (Escribe) próspera... y fraterna... como... ha... sido... la... nuestra. (Bebe un trago de whisky. Saca su celular y marca. Espera. Nadie responde al otro lado. Respira con nerviosismo. Mira al público y cambia de actitud; ahora está serio y distante, se dirige a los espectadores) Nadie respondió al otro lado. Colgué y miré el texto que había escrito en el computador. Respiré profundamente, bebí otro trago de whisky y miré el computador inexpresivo... no sabía qué escribir, qué decir... quería encontrar las palabras... justas... ¡qué ironía!... (Gira su mirada al computador, su respiración se agita y vuelve el nerviosismo. Escribe) Hoy... somos muchas las... víctimas de esta conspiración... política... de esta sórdida cacería de brujas... (Suena el celular. Mira el número y contesta. Mira al público y cambia de actitud. Serio y distante se dirige a los espectadores.) Era Alberto, mi abogado. No recuerdo bien qué fue lo que hablamos... me sentía confuso y alterado en esos momentos... creo que me dijo quiénes habían confirmado su asistencia a la rueda de prensa y poco más... Colgué sin entender muy bien qué era lo que estaba pasando... qué era lo que iba a pasar, lo que pasó, lo que ustedes vieron que pasó... Miré el computador por unos segundos y ahí estaban todas esas palabras regadas sobre la pantalla diciéndome a gritos que ya había tomado una decisión. Apoyé la cabeza sobre mis manos, cerré los ojos y me pregunté si realmente sería capaz de apretar el gatillo... (Sonríe) pero pensé que no.

La luz se desvanece lentamente. Cuando llega la oscuridad, suena el mismo disparo de la primera escena.

Escena 4

De la habitación que vimos en la segunda escena sólo quedan las cajas, el televisor y la maleta, arrumados en el centro de la escena. A la izquierda de los objetos está Blanca y a la derecha Luisa, esta última dice algo acaloradamente pero de forma inaudible. Tienen una actitud seria y apesadumbrada. No se entienden las palabras, sólo se oye una especie de cuchicheo. Alan y el coro las observan, formando un semicírculo detrás de ellas. Mientras ellos hablan, Luisa gesticula, sin percibir al coro.

Alan – *(Al público)*

Como saben, ella es Blanca.

Coreuta 1 –

La esposa

Coreuta 2 –

La esposa cómplice y valiente

Alan –

¡Ella!

Coreuta 4 –

¿Y ella?

Alan –

¿Quién?

Coreuta 4 – *(Señala)*

Ella.

Coreuta 3 –

La otra

Alan –

¿La otra?

Todos –

¡Sí!

Coreuta 2 –

¡La otra!

Silencio

Alan –

Luisa, la hija

Coreuta 1 –

¿La hija?

Alan –

Sí

Coreuta 2 –

¿Hija?

Coreuta 4 –

Sí, hija.

Coreuta 2 –

Pero si dijo que era un hijo.

Coreuta 3 –

¡Sí!... eso dijo.

Coreuta 4 –

No, dijo hija.

Coreuta 1-

¿Cómo que hija?

Coreuta 2-

Dijo hijo.

Coreuta 4 –

Yo oí hija.

Todos –

No, ¡un hijo ejemplar!

Alan –

Pues se equivocó

Coreuta 1 –

¿Cómo que se equivocó?

Alan –

Sí, se equivocó

Coreuta 4 –

Juraría que dijo hija.

Todos –

No, ¡un hijo ejemplar!

Alan –

Sí, eso dijo.

Coreuta 4 –

¿Se equivocó?

Todos –

¡Sí!... se equivocó

Coreuta 4–

Pues... ¡qué equívoco!

Todos –

¡Sí!... ¡qué equívoco!

Todos se miran entre sí. Silencio. Vuelven a observar a Luisa que llora. Silencio. Blanca la mira en silencio.

Alan –

Pobrecita...

Todos –

Sí... pobrecita.

Silencio.

Coreuta 1 -

¿Y a ella no le dejó una nota?

Todos – *(Buscando en Alan la respuesta)*

¿No?

Alan -

No... no parece.

Coreuta 1 -

Quizá le dijo algo en la nota que le dejó a Blanca.

Alan -

Sí... quizá.

Todos –

¡Dios quiera!

Coreuta 2 –

¿Y esa nota dónde está?

Alan levanta los hombros, indicando que no sabe. Silencio. Todos miran a Luisa.

Alan –

Pobrecita...

Todos –

Sí, pobrecita...

Luisa se limpia las lágrimas y muy seria le dice algo a Blanca. Todos se miran entre sí. Silencio. Todos miran al Coreuta 4. Silencio. El Coreuta 4 sale de escena y a los pocos segundos regresa con un gran micrófono en la mano. Luisa continúa su discurso, sin percibir nada. El Coreuta 4 se acerca a Luisa y le pone el micrófono en la boca.

Luisa –

Yo supongo que a ti también te duele, aunque no llores, aunque no me demuestres qué te pasa, yo sé que tu procesión va por dentro y que esa frialdad tuya, que esa actitud tuya así tan... yo sé que es una máscara, una protección; no creo que no estés sintiendo nada, aunque quieras hacérmelo creer... Quisiera despertar de esta pesadilla, pero no puedo... Si al menos dijeras algo, si al menos te permitieras llorarlo o me acompañaras en este... pero no... te volviste un témpano de hielo, fría e impenetrable. Pero bueno, si eso es lo que quieres, yo no me opongo. Cada cual tiene derecho a vivir su duelo como quiera... No estás obligada a nada... Pero en cambio esto... sí tiene que ver con las dos... Es lo único que nos queda, ¡maldita sea!... ¿Es tan difícil de entender?

Coreuta 1 –

¿De qué estará hablando?

Coreuta 2 –

Quizá de las cosas

Coreuta 3 –

O de la nota... la que le dejó a Blanca.

Coreuta 3 –

Sí, quizá.

Coreuta 1 –

A ver, a ver si dicen dónde está.

Todos – *(Al coreuta 1)*

¡Shhhh!

Luisa – *(Limpiándose las lágrimas)*

Y después de tirarlas, ¿qué?... ¿ah?..

Coreuta 1 –

¡Ah!, entonces sí, parece que están hablando de las cosas.

Coreuta 3–

¿Las va a tirar?

Coreuta 2–

¡Obvio!... ¿No ves que está todo en cajas?

Coreuta 3 –

Sí, no, pero es que pensé que... las iba a guardar o algo así.

Luisa –

¡Dime!... ¿Qué esperas ganar con eso?

Coreuta 1 –

Sí, yo también pensé que las guardaría.

Coreuta 2 –

Pero es lógico quitarlas, para no tener la presencia de él, ahí todo el tiempo.

Coreuta 3 –

Ya, pero ¡tirarlas!

Coreuta 1 –

Sí, es demasiado pronto.

Coreuta 3 –

Su cuerpo aún debe estar caliente

Coreuta 2 –

¿Cuál cuerpo? ¿Cómo que caliente?, si lo cremaron.

Coreuta 3 –

Ya, ya, es un decir, una... ¡metáfora!

Luisa –

¿Quieres hacerlo desaparecer, así nada más?

Coreuta 2–

¡Qué tal! Si el que quiso desaparecer fue él. Es como si ahora la culpabilizara a ella de lo que pasó.

Coreuta 1 –

¡No la está culpabilizando!

Coreuta 2–

¡Sí que lo está haciendo!

Coreuta 3 –

No, sólo le está pidiendo que no tire las cosas.

Coreuta 2–

Claro que la está culpabilizando, la está haciendo ver como el verdugo, como si ella tuviera el poder de hacerlo desaparecer.

Coreuta 4 –

Pero no ha dicho nada de la nota, ¿verdad?

Todos –

¡No!

Alan–

Bueno... ¡ya!.. ¡Silencio!

Silencio

Luisa –

Eso es lo que quieres, ¿verdad?... hacer como si nunca hubiera existido... Borrarlo... Olvidarlo... Pero ¡no puedes!... me tienes a mí para recordártelo siempre... ¡Digna hija de su padre!... ¿no era lo que decías?... “los mismos ojos”... “la misma boca”.. “a mí no se parece nada”... y ahora ¿qué?... ¿piensas echarme también a la basura?... Ni siquiera le has dado el beneficio de la duda... ¡Nada!... Yo entiendo... yo entiendo la rabia, la impotencia... la... la... la indignación, si quieres... yo también las siento. ¡Yo también las siento!... pero el no entender por qué lo hizo, no puede hacer que lo trates ahora como un desconocido... Ese que vimos en televisión ¡no era un extraño!... ¡era él!... ¡era él!... tan lleno de dolor que... (*Llora*) Si lo

hubiera escuchado, si le hubiera dicho que... si al menos... Por eso se equivocó... Un “hijo ejemplar” hubiera creído en él, no lo hubiera dejado solo. (*Llora dolorida*)

Todos la observan llorar desconsolada mientras el micrófono amplifica su congoja. Blanca la observa impasible.

Alan – (*Al coreuta 4*)

Ya, ya, baja el micrófono que necesitan un poco de intimidad.

El coreuta 4 baja el micrófono y vuelve junto al coro. Luisa llora en silencio; Blanca y el coro la observan. Silencio. El coro empieza a chasquear los dedos de forma rítmica y festiva. Blanca y Luisa se quedan inmóviles como estatuas. Suenan unos acordes musicales que poco a poco se convierten en una canción.

Coro - (*Cantan*)

Íntimo y privado es,
exclusivo y reservado.
Bien guardado debe estar,
un dolor que aún no ha pasado.

Muestra, sí,
si tienes qué mostrar.
Guarda así,
si es mejor callar.
Oculta, sí,
si es particular.
Y cuida así
tu propia intimidad.

Alan les hace un gesto para que saquen las cosas de escena; los coreutas lo hacen progresivamente, sin dejar de cantar.

Muestra, sí,
si tienes qué mostrar.

Guarda así,
si es mejor callar.
Oculto, sí,
si es particular.
Y cuida así
tu propia intimidad.

Alan les hace un gesto para que saquen a Blanca y a Luisa de escena; los coreutas las cargan como maniqués y las sacan.

Íntimo es, privado es,
lo que ahora aquí ha pasado.
Íntimo es, privado es,
exclusivo y reservado.

Los coreutas hacen una coreografía al unísono como si fuera un gran espectáculo.

Muestra, sí,
si tienes qué mostrar.
Guarda así,
si es mejor callar.
Oculto, sí,
si es particular.
Y cuida así
tu propia intimidad.
Y cuida así
tu propia intimidad.

Terminan con una imagen festiva final. Oscuro.

Escena 5

Un cenital -con la luz un poco más fría de lo normal- se enciende en el lado derecho del fondo. Robert y Alberto juegan al golf. Con el juego van avanzando en diagonal hacia el frente; para al final de la escena estar en el lado izquierdo del proscenio.

Alberto –

Es un juego de probabilidades, ya lo sabes; se puede acertar o no. El problema es que hay demasiados factores que están afectando el caso y si a esto le añadimos que...

Robert –

¿Probabilidades? Pero ¿de qué probabilidades hablas? si lo único que parece importar son los procedimientos. En este punto a nadie le importa saber cuál fue mi implicación... ¡Eso ya no es relevante!, fue que lo dijiste, ¿no?... En este punto da igual, ¿no?

Alberto –

No, no me malinterpretes. Lo que quiero decir es que ahora tenemos que centrarnos en la estrategia legal.

Robert –

En los procedimientos querrás decir.

Robert mira al público y cambia de actitud. Alberto se queda inmóvil.

Robert – (Al público)

No se vayan a confundir que esto ocurrió antes de... ya saben... de lo que vieron; antes de la llamada y de todo lo demás. Estamos en un flashback, eso es lo que pasa.

Los dos vuelven a la normalidad.

Alberto –

La estrategia es lo que...

Robert –

¿Cuál estrategia?... si lo que quieren es hundirme.

Alberto –

Siempre hay una forma de...

Robert –

Hay que buscar un culpable, ¿no?... ¡un chivo expiatorio!... y entre más rápido mejor... ¿no has visto los titulares?... En segundos pueden convertirte en un monstruo, sin siquiera preguntarse cuál...

Alberto –

Sabes que...

Robert –

... cuál es tu implicación, tu verdadera implicación... No, eso no importa... Alguien dijo que debía ser culpable y a partir de ahí... Hoy una opinión se esparce como la plaga y no hay manera de pararla.

Alberto –

Pero si evitamos...

Robert –

Nadie quiere mirar el caso en profundidad... No... Un titular, 140 caracteres, no más; el resto es un agujero negro en este jodido show mediático en el que convirtieron mi...

Alberto –

Evitamos la medida de aseguramiento.

Robert –

Aquí la habladuría se vuelve acusación con una facilidad asombrosa... De la especulación mediática más... ¡simple!... pasamos de golpe a esto... ¡a esto!... una bola de nieve que se agranda y se agranda y nadie puede parar.

Alberto –

Eso es precisamente lo que estamos intentando.

Robert –

¿Hace cuánto nadie habla realmente con argumentos del caso... de mi implicación?

Alberto –

Pero si todo el tiempo se está hablando...

Robert –

¡No!... llevamos semanas discutiendo sólo los procedimientos. El juicio aún está en marcha y la bola de nieve ya me está aplastando sin que pueda evitarlo... ¿Qué clase de sociedad es esta donde nadie le da al otro el beneficio de la duda?... Un inocente no sirve para nada... ¡No!... Queremos culpables... ¡culpables!... Esos sí son un trofeo para que el pueblo los pueda apedrear y calmar su sed de...

A lo lejos se escucha una música. Alberto y Robert se miran sorprendidos. La música sigue sonando de fondo. Robert mira al público y cambia de actitud. Alberto se queda inmóvil.

Robert – *(Al público)*

No me acordaba de eso.

Los dos vuelven a la normalidad.

Alberto–

¿No me dijiste que ya habían desmontado el espectáculo ese?

Robert–

Sí, sí... eso creí.

Alberto–

Hace dos semanas, dijiste.

Robert–

Sí, eso pensé.

Alberto–

Pues... por lo visto, no.

Robert–

No... por lo visto... no.

Alberto–

Ya veo...

Robert–

No tenía idea... ¡Te lo juro!

Alberto–

¿Seguro?

Robert–

¡Segurísimo!... Hace tiempo que no vengo, que no salgo, que no hago nada distinto a leer folios y folios buscando algún detalle, una prueba, ¡algo!... Fuiste tú el que dijo de venir aquí, no yo... te aseguro que no sabía... Pero, bueno... si no me crees da igual... total, mi palabra ya no parece tener ningún valor para nadie....

Se escucha la voz de una mujer cantando.

Voz en off- *(Cantando)*

A Youkali yo llegaba,
en mis sueños a Youkali.
El país de los deseos
es Youkali.
¡Oh! Youkali.

La voz se sigue escuchando bajo la conversación de forma casi inteligible.

Alberto-

¿La has vuelto a ver?

Robert-

No. No me mires así que es verdad. ¡Es verdad!... ¡No la he visto!... Hice lo que me dijiste; una tontería, porque no tengo nada que ocultar, pero lo hice... Me gustaba hablar con ella, nada más... *(Pausa)* Pero como según tú, todo se puede malinterpretar y cualquier cosa me puede joder, aunque no tenga nada que ver con el caso.

Alberto -

Sabes que evitamos la medida de aseguramiento.

Robert-

Sí, sí... ¡ya lo sé!... ¡cómo no saberlo! si ha sido el único...

Alberto -

Pero después de la sentencia sólo quedará el tiempo de apelación y...

Robert-

Ya... ya lo sé... ¡Me lo sé de memoria!

Alberto -

Y en este revuelo mediático no conviene...

Robert-

Darles un jodido dulce a los medios. ¡Lo tengo claro!

Alberto -

Estas cosas se vuelven miel para las abejas.

Robert-

¡Ya!... Ya sé que no puedo hablar con nadie, que no puedo dar un solo paso en falso... que todo lo que haga será oscuro y con dobles intenciones, aunque yo no las sepa.

Alberto –

No, pero tenemos que pensar en lo que puede concluir...

Robert–

No sabe quién soy.

Alberto –

¿Qué?

Robert–

Ella... no lo sabe...

Voz en off- (Cantando)

Desperté, no hubo remedio,
de ese sueño lisonjero,

Robert–

Sólo quería hablar con alguien que no me esté juzgando de antemano.

Alberto–

Pero bueno... es mejor así.

Robert–

¿Mejor para quién?

Voz en off- (Cantando)

En mis sueños fue posible.
En mis sueños fue probable.

Alberto–

Ya sabes cómo son los medios... Viste cómo cambió la opinión pública al ver que Blanca... tu sabes... al ver la forma como la ha afectado el caso... Eso entenece a la gente, te da un lado... ¡humano!... Lo que menos nos conviene ahora es que alguien pueda pensar que tú... Tú me entiendes... y ¿quién va a creer que es algo tan simple como que te gusta hablar con ella?

Robert–

Al menos tú podrías creerlo, ¿no?

Alberto–

Pero aquí no importa lo que yo crea.

Robert–

Aquí... ya no importa nada.

La luz se desvanece lentamente.

Escena 6

Una música festiva irrumpe en la oscuridad. Al encenderse la luz, vemos a una chica (Sara) sonriente, amarrada de pies y manos a una gran diana de madera. No se entiende muy bien si el dibujo que hay sobre la superficie circular son unos círculos concéntricos o una gran espiral roja y blanca, pero la ilusión óptica que éste genera hace creer que los círculos se mueven mientras ella gira abierta como una estrella. Al lado de la diana se encuentra Alan -también sonriente- con un gran sombrero de copa y una mochila llena de cuchillos.

Mientras la música suena, Sara gira y Alan permanece sonriente a su lado, los Coreutas bailan alegremente a su alrededor, haciendo saltos y acrobacias circenses. Cuando la música termina, los Coreutas –también sonrientes- forman un grupo al otro lado de la diana.

Alan- Al público

La probabilidad es una medida. Una medida que mide la posibilidad –mayor o menor- de que algo ocurra como resultado de una experiencia aleatoria... es decir, que dependa del azar. *(Se acerca al público y repite con picardía) ¡Ojo!... Que dependa del azar... (Saca un cuchillo)* Esta medida toma valores entre 0 y 1... o si hablamos de porcentajes: entre el 0% y el 100%... ¡Pongan atención! ¡No se me pierdan!... El valor “cero” corresponde entonces a algo que es totalmente imposible que ocurra... Por ejemplo.... Si lanzamos un dado al aire *(Hace el gesto de lanzar el cuchillo, uno de los Coreutas lo coge y lo lleva hasta la diana)* la probabilidad de que salga el número... 8... es cero.... ¿cierto?... *(Mira al público buscando una respuesta. El Coreuta clava el cuchillo en la diana. Sonido)*... es decir, que salga ese número es una posibilidad imposible en un dado de seis caras... Está claro, ¿no?... *(Mira al público buscando una respuesta.)* Si miramos lo contrario, el valor “uno” corresponde entonces a un suceso que seguro ocurrirá *(Saca otro cuchillo)*... Cogiendo el mismo ejemplo.... si lanzamos el dado al aire *(Hace el gesto de lanzar el cuchillo, el mismo Coreuta lo coge y lo lleva hasta la diana)* la probabilidad de que salga cualquier número del 1 al 6 es igual a uno... es decir, existe una probabilidad del 100% de que salga alguno de estos números al lanzar el dado *(El Coreuta clava el cuchillo en la diana. Sonido)*... Pero ¿cómo calcular qué número del 1 al 6 es el que puede salir al tirar el dado? *(Saca cuatro cuchillos, hace el gesto de lanzarlos, cuatro Coreutas distintos cogen cada cuchillo y los llevan hasta la diana)* ¡Esa es la medida que nos importa!... *(Tres Coreutas clavan los cuchillos en la diana y uno se lo entrega a Sara en la mano. Sonido)* ¡Esa!... la incierta... *(Los Coreutas dan un paso atrás y quedan en la oscuridad)* la hipotética... *(La diana deja de girar)* la especulativa... *(Alan se acerca a Sara y le desata la mano donde*

tiene el cuchillo.) ¡Esa!... La que sale después de calcular todas las posibilidades (Da un paso atrás y queda en la oscuridad. Suena la música.)

Sara - Cantando

Hubo un tiempo en que soñaba
con castillos y brillantes,
con un príncipe encantado,
de esos que había antes.

Yo soñaba ser princesa,
ser viajera y navegante;
y en el sueño era posible;
en el sueño era un gigante.

(La diana vuelve a girar)

A Youkali yo llegaba,
en mis sueños a Youkali.
El país de los deseos
es Youkali.
¡Oh! Youkali.

A Youkali navegaba,
en mis sueños a Youkali.
Esa isla diminuta
es Youkali.
¡Oh! Youkali.

(La diana se queda quieta)

En mis sueños fue posible.
En mis sueños fue probable.
En mis sueños sí existía

ese Youkali,
¡Oh! Youkali.

(Con el cuchillo se desata el otro brazo)

Y ese tiempo en que soñaba
con castillos y brillantes,
fue pasando con el tiempo, *(Con el cuchillo se desata un pié)*
fue volviéndose distante.

Desperté, no hubo remedio, *(Con el cuchillo se desata el otro pié)*
de ese sueño lisonjero,
donde todo era posible
y yo era un navegante.

Se baja de la diana y esta empieza a girar con mayor rapidez. Clava el cuchillo en el centro de la diana.

Oscuro.

Escena 7

Robert y Luisa en la piscina. Tienen gorros y vestidos de baño y el reflejo del agua les ilumina el rostro. Luisa tiene un ojo morado y un brazo enyesado.

Robert–

Te miro y no te reconozco

Luisa–

Creo que puedo decir lo mismo, ¿no?

Robert–

Ha sido una presión muy fuerte para todos... estamos nerviosos. El caso nos está tomando mucho tiempo... tu mamá no se ha sentido muy bien... y bueno.... quizá... con todo esto no te he prestado la atención que necesitas.

Luisa–

No hace falta. Yo me puedo cuidar sola.

Robert–

Pues... parece que no.

Luisa–

Fue un accidente, ya te lo dije.

Robert–

Sí, eso dijiste, pero ¿estás segura?

Luisa–

¿Qué estás insinuando?... ¿Que fue mi culpa?... ¿Que yo misma me agredí?

Robert–

No, no estoy insinuando nada, sólo te estoy preguntando si estás segura.

Luisa–

Pues ¡claro que estoy segura!

Robert–

Está bien, está bien. Si tú dices que estás segura, yo también lo estoy... ¿Y el colegio?...

Luisa–

¿Qué?

Robert –

El colegio... ¿qué tal esta recta final?

Luisa -

¡Vaya pregunta!

Robert-

¿Sigues con la idea de estudiar biología?... Esa sería una buena opción, el estudio de los seres vivos puede ser apasionante.

Luisa-

¿Qué quieres?

Robert-

Claro que la psicología también puede ser interesante, indagar en la mente de las personas...

Luisa-

¿Saber lo que quiero?

Robert-

Saber por qué hacen las cosas, qué se esconde debajo de sus actos.

Luisa-

No me trates como una niña que no soy boba y sé perfectamente lo que está pasando. No me preguntes tonterías como si nada ocurriera... ¿Cómo quieres que vaya todo?... pues ¡mal!... ¡una mierda!... los que no me miran como si les debiera algo, lo hacen con lástima... tú nunca estás y ella... ella... no dice nada... siempre encerrada en su cuarto... ya no sé ni qué pensar de todo esto.

Robert-

Tu mamá no ha estado bien... Esto ha sido... difícil para ella... Tenemos que ser fuertes, ayudarla a sobreponerse. Pero lo que sí tienes que tener claro es que tú no le debes nada a nadie y nadie tiene por qué compadecerte.

Luisa-

Dicen que...

Robert-

Escucha bien lo que voy a decirte, Luisa: Yo no he hecho nada malo. ¡Nada!... Estoy metido en un proceso judicial, sí. ¿Que es difícil?, sí. Pero soy inocente y tú no tienes nada de qué avergonzarte.

Luisa-

Dicen que tú sabías lo que estabas firmando.

Robert–

No todo es blanco y negro... hay zonas grises, matices que son fundamentales... pero es más sencillo no ver... coger un chivo expiatorio, decir que es culpable, mover la maquinaria... y ¡listo!: caso cerrado... Pero no es así de simple... No... ¿Realmente crees que yo pude quedarme con un solo peso de ese contrato? ¿Me crees capaz?

Luisa–

¿Qué importa lo que yo crea?

Robert–

¡Claro que importa!... Importa mucho, ¡es esencial!... Tú me dices ahora que lo tuyo fue un accidente y yo te creo. Confío en ti y el hecho de que te crea es importante para ti y para mí, pero también para el hecho mismo, pues hace que sea cierto.

Luisa–

Y ¿si no fuera un accidente?

Robert–

¿No fue un accidente?

Luisa–

Y ¿si no lo fuera?... ¿si te hubiera mentido?

Robert–

¿Fue un acto premeditado?

Luisa–

Y ¿el tuyo? ¿Fue un acto premeditado?

Robert–

¡No!... No, en mi caso no se trata de premeditación... son cosas distintas.

Luisa–

Fuiste tú quién las comparó.

Robert–

Están poniendo sobre mis hombros una responsabilidad que no es mía... De eso se trata... ¿Entiendes la diferencia?

Luisa–

Dicen que te reuniste con ellos en varias oportunidades.

Robert–

Claro que me reuní con ellos, como lo hizo mucha gente... Pero en ese momento no eran los personajes nefastos que nos venden ahora, eran personas... de bien. No había nada de malo en eso.

Luisa–

Dicen que los escogieron a dedo, que te pagaron una comisión.

Robert–

¿Me crees capaz?

Luisa–

No lo sé... dímelo tú.

Robert–

Mírame... ¡Mírame!, Luisa... ¡No soy un desconocido!... ¿Crees que alguien que te ha hablado toda la vida de integridad y principios, como lo he hecho yo, podría pasar por encima de los suyos?... ¿Crees que pude cambiar de esa manera?... ¿De veras lo crees?... *(Luisa mira su reflejo en el agua)* He sido un hombre íntegro, Luisa, ¡toda mi vida!... ¿Crees que podría mirar a mi hija a los ojos si hubiera hecho algo así?... ¡No!... ¡No podría! Tendría la culpa grabada en la frente... Por eso necesito tu confianza, tu fortaleza y tu entereza en estos momentos... porque si tú desconfías de mí, ya nada tiene sentido.

Pausa.

Luisa–

No fue un accidente.

Robert–

¿El qué?

Luisa–

Lo mío... no fue un accidente.

Robert va a decir algo pero se queda en silencio. Luisa enmudece mordiéndose los labios. Los dos miran su reflejo en el agua.

Luisa – *(Al público)*

No sé por qué le dije eso en ese momento... Él me escuchó y se quedó ahí, con los ojos clavados en el agua, buscando... no sé qué... *(Robert continúa mirando su reflejo en el agua sin moverse)* No me preguntó nada más... No me dijo nada más... Yo tampoco dije o pregunté nada; sólo puse mi cabeza en sus piernas como lo hacía cuando era pequeña *(Lo hace)* y me quedé en silencio.

La luz se desvanece lentamente.

Escena 8

Blanca y Alberto están parados en el borde de una azotea a gran altura. Los coreutas los observan en el extremo opuesto, pero solo vemos sus cabezas como si estuvieran parados en un bordillo de la edificación y sólo alcanzaran a asomar esa parte del cuerpo.

Alberto–

Sé que te han estado molestando... el morbo no tiene límite... Pero... él era un personaje público y la gente quiere saber... Es normal... No quiero decir que sea justificable, no; sino que de alguna manera, él mismo hizo que ustedes quedaran expuestas... al hacerlo público, digo... No quiero decir que él haya querido hacerles daño adrede, no, pero... *(Pausa)* Quisiera evitarte, evitarles a ti y a Luisa todo esto... *(Cambia a un tono más íntimo y le acaricia el pelo con una mano)* Sé que son momentos difíciles y quiero ayudar... estar cerca... no sé... No tienes que vivir este proceso sola... *(Blanca le aparte la mano, Alberto cambia el tono)* Él también era mi amigo y esto... esto está siendo muy difícil para mí. Verlo ahí, en medio de las cámaras, intentando mantener la compostura cuando... cuando ya había tomado una decisión... Lo supe... Lo vi en sus ojos mientras hablaba... Si me hubiera dado cuenta antes, yo... Si hubiera sabido lo que él realmente pensaba... Te juro que si hubiera notado algo, un mínimo gesto, una señal, ¡algo!... no lo habría dejado... solo. Te lo juro.

Coreuta 2 –

¿Ustedes alcanzan a oír?

Coreuta 1 –

No.

Coreuta 3 –

Nada.

Coreuta 4 –

Ni una sílaba.

Coreuta 2 – *(A Alan)*

¿Y tú?

Alan –

No, yo tampoco

Coreuta 2 – *(A Alan)*

Pero entonces ¿qué hacemos aquí?

Alan –

Observar.

Coreuta 2 – *(A Alan)*

¿Observar qué?... si no están haciendo nada.

Coreuta 1 –

Pero algo grave le debe estar diciendo porque ella tiene una cara.

Coreuta 3 –

Sí... pero tiene que haber una manera de que podamos oír.

Alan – *(Al coreuta 4)*

Rápido, ve y trae el micrófono.

Coreuta 4 –

Pero... no creo que alcance... Estamos muy lejos.

Coreuta 2 – *(Al coreuta 4)*

¡Al menos haz el intento!... ¡Ve!

El coreuta 4 los mira a todos sin saber qué hacer, luego mira hacia abajo con recelo y, antes de que su rostro desaparezca de escena, lanza una mirada severa al coreuta 2.

Alberto–

Que corto y absurdo parece todo de repente... La muerte es implacable... Está ahí recordarnos lo pequeños que somos... a su lado todo parece insignificante, poca cosa, ¡un nada!... Hace apenas unos días estábamos planeando una y mil formas de enfrentar el caso... teníamos muchas ideas... Él estaba fuerte... positivo... no sé... *(Silencio. El coreuta 4 regresa con un micrófono amarrado a un palo de escoba. Lo extiende, pero apenas llega a la mitad del espacio que está entre ellos y Alberto)* ¿Qué te dijo?, Blanca... En la carta, quiero decir... ¿Qué te decía?... ¿Te explicó sus razones?... ¿Te pidió perdón por hacerlo?... Hubiera preferido ser yo quien la hubiera encontrado... quien te la hubiera dado... Sé que has estado... Sé que nada de esto ha sido fácil... no sé si leer esa nota era conveniente para ti... digo... no has estado bien... y cualquier cosa puede afectarte en este momento... *(Los coreutas levantan al coreuta 4 con dificultad intentando subirlo a la azotea o al menos que su cuerpo pueda acercarse al micrófono a Alberto, pero no lo consiguen.)* Ese día fue todo muy confuso... se llevaron el cuerpo y no me dejaron... Luego me dijeron que la habían encontrado en el bolsillo interior de su chaqueta... La puso ahí para ti... para que alguien la encontrara y te la diera.

Los coreutas siguen intentando sin conseguirlo. El micrófono continúa distante, sólo amplifica los pequeños golpes que da en el suelo de la azotea.

Coreuta 2 –

Pero ¡a quién se le ocurre amarrarlo a un palo de escoba!

Alan –

¿No había nada más?

Coreuta 4 –

No... nada.

Coreuta 1 –

Con unos binóculos a lo mejor podemos intentar leerle los labios.

Coreuta 3 –

¡Sí!...

Coreuta 2 –

¡Buena idea!

Alan – *(Al coreuta 4)*

Ve a buscarlos.

Coreuta 2 – *(Al coreuta 4)*

¿Qué estás esperando?... ¡Ve y tráelos!

El coreuta 4 mira los mira a todos, luego mira hacia abajo con recelo y, antes de que su rostro desaparezca de escena, lanza una mirada de odio al coreuta 2.

Alberto–

Debió escribirla en un momento... difícil... de mucho desorden mental, quiero decir... Esas últimas horas debieron ser complicadas para él y quizá terminó diciendo cualquier cosa. Estaba preocupado por ti... *(Silencio)* No sabía qué hacer... Los últimos días dijo muchas cosas... Habló de la muerte, sí... *(Blanca lo mira)* Pero yo... yo no pensé que lo hiciera, Blanca. Te lo juro... Tú conocías a Robert, era la persona más vital que he conocido... amaba la vida... creí que era... que era una tontería de esas que se dicen sin pensar, por pura angustia... Él estaba preocupado por ti, no pensé que te dejara sola... No entiendo cómo pudo hacerlo... Yo mismo organicé esa rueda prensa, porque... Pero es que jamás imaginé que hiciera algo así... había

hablado de eso, pero como un chiste... como una idea remota... pero era tan absurda que incluso nos dio risa imaginarlo... pensé que iba a hablar del caso, me había pedido los términos de la apelación... *(El coreuta 4 regresa con unos binóculos. Se los pasan de mano en mano. El coreuta que los recibe mira, intenta descifrar lo que dice y al no entender se los pasa al siguiente)* creí... pensé que él... con todas esas cámaras grabando.... Jamás imaginé que haría algo así... es una locura... sabía que todo el mundo lo estaba viendo en directo... ¿cómo podía siquiera imaginar lo que su mente estaba planeando?... lo había insinuado, pero como una idea absurda, como un nada, como esas cosas que se dicen... Jamás... *(El coreuta 1 mira a través de los binóculos)* pensé que lo haría.

Coreuta 1 – *(Traduciendo lo que ve)*

Pensé que lo querías.

(Alberto baja la cabeza derrotado. Blanca lo mira por unos segundos, para luego acercarse al público. Silencio. Un rápido cambio de luces deja el escenario en penumbra y un cenital ilumina a Blanca, mientras los flashes de varias cámaras la encandilan. Blanca mira con nerviosismo al público, se muerde los labios y sin decir nada sale de escena. Silencio. Un nuevo cambio en la iluminación, deja la luz igual que antes. Alberto está solo en el borde de la azotea, los coreutas continúan en el mismo sitio)

Coreuta 4 –

¿No lo quería?

Coreuta 1 –

No sé... Eso fue lo que dijo.

Coreuta 2 –

Pero si apenas alcanzó a ver lo que decía.

Coreuta 1 –

No señor, lo vi muy claro. Dijo: Pensé que lo querías.

Coreuta 4 –

Con razón la frialdad de ella.

Coreuta 3 –

Sí, con razón.

Coreuta 2 –

Eso son puras conjeturas... estaba lejos... pudo haber dicho cualquier otra cosa.

Coreuta 3 –

Con razón quería deshacerse de todo

Coreuta 4 –

Sí, con razón.

Coreuta 2 –

Pensé que lo harías... pensé que querías... pensé que vendrías.... A esta distancia no podemos estar seguros de qué fue lo que dijo exactamente... son puras conjeturas, nada más.

Alan – *(Mirando a Alberto)*

Miren a Alberto, sigue ahí observando el vacío con fascinación, quizá está pensando en qué clase de persona...

Coreuta 2 –

Pero ¿qué sabes tú lo que él piensa o deja de pensar?... No sabemos de qué hablaron, qué le dijo, por qué ella se fue así, con esa cara de circunstancia... Deja más bien de decir tonterías, que eso no es más que pura elucubración... Más bien vámonos que aquí no va a pasar nada más, además es un peligro estar aquí arriba, cualquiera se puede caer.

Todos los coreutas salen. Alan mira con rabia al coreuta 2 y permanece inmóvil en su sitio. Cuando todos han salido, observa a Alberto, que continúa con los ojos clavados en el vacío.

Alan – *(Al público)*

Observé durante un largo rato cómo Alberto permanecía inmóvil, ahí parado al borde del precipicio. Cualquiera hubiera pensado al verlo que estaba a punto de saltar al vacío. Pero no, una decisión como esa no se toma en el abismo; la suerte está echada de antemano y el borde sólo sirve para saltar. De repente se giró y me miro intensamente, como si todo el tiempo hubiera sabido que yo estaba ahí.

Alberto se gira y mira a Alan.

Alberto-

¿Qué diablos está mirando?

Alan – *(Al público)*

Me preguntó.

Alberto-

Que ¿qué diablos está mirando?... ¿Es que no ha visto suficiente?... ¿Nunca se cansan de escarbar en la desgracia ajena?... ¿Qué diablos es lo que quieren?... Aquí no van a encontrar nada... Aquí no va a pasar nada... ¿Es que no lo ve?... ¡La realidad nos venció!... ¡Nos derrotó!... ¿Qué es lo que está esperando entonces?... Su morbo y sevicia no tienen límite... No tenemos nada que decir... Se acabó... Necesitamos tranquilidad, ¡maldita sea! ¿Es tan difícil de entender?... Le exijo respeto, señor, por la intimidad y el duelo ajenos... Ojalá se caiga de ahí para que al fin tenga algo que contar.

Da media vuelta y se aleja por un lado de la terraza. Un rápido cambio de luces deja a oscuras la terraza, mientras un seguidor ilumina intensamente a Alan.

Alan – *(A la cabina de iluminación)*

No, no... ¡apaga!, que no voy a hacer ningún comentario adicional.

La luz baja de golpe.

Escena 9

Sara y Robert sentados en el suelo con la espalda apoyada en la gran diana de madera que vimos en la escena 6, cuyo dibujo no entendíamos bien si eran unos círculos concéntricos o una gran espiral roja y blanca. Sara ríe divertida y Robert sonrío a su lado. Una música circense suena de fondo.

Sara-

De pronto abrí los ojos y fue increíble... no entendía nada... No es que no viera, no... sino que la luz era... Ay, ¿cómo decirlo?... brillante, como blanca, no sé... súper fuerte... pero eso no es lo más gracioso... *(Ríe)* sino que... *(Ríe)* después de todo, seguía pensando que no me había movido... que estaba en el mismo sitio. *(Ríe)* ¿Puedes creerlo?... Es totalmente absurdo. *(Los dos sonrían. Silencio)* Lo curioso es que yo casi nunca recuerdo los sueños...

Robert-

Yo hace mucho que no recuerdo ninguno.

Sara-

Pero con este... no sé... al despertar estaba ahí... ¡nítido!

Robert mira al público y cambia de actitud. Sara se queda inmóvil

Robert- *(Al público)*

No se vayan a confundir que esto ocurrió antes de... ya saben... de mi conversación con Alberto; no es que haya vuelto a verla, no. Es que estamos en otro flashback, eso es lo que pasa.

Los dos vuelven a la normalidad.

Sara-

Después he ido recordando otras cosas, como si la imagen fuera cada vez más clara y nítida.

Robert-

¿En colores?

Sara-

¿El qué?

Robert-

La imagen... ¿o estaba en blanco y negro?

Sara-

No sé.... *(Sonríe sorprendida)* ¡No lo sé!... ¡Qué fuerte!... Intento recordarlo y la verdad es que no me acuerdo... ¡No tengo idea si soñé en blanco y negro o en colores!... ¡Qué absurdo! *(Los dos ríen divertidos)* ¿Y tú si sabes?

Robert-

¿El qué?

Sara-

Eso... el color en que sueñas.

Robert- *(Serio)*

Últimamente en rojo

Sara- *(Riendo)*

¿Todo rojo?... ¡estas bromeando!... Nadie sueña en un solo color... Debe ser en blanco y negro como las películas viejas o normal, como en la vida, en colores... Te imaginas que fuera así, los sábados en verde, los lunes en azul y los miércoles... en ¡amarillo pollito!. *(Suelta una carcajada)* ¡Sería increíble!

Robert sonríe. Silencio

Robert-

Es un poco difícil para mí, pero....

Sara-

Debe ser que no descansas bien.

Robert-

¿Cómo?

Sara-

Hay que estar muy dormido.

Robert-

Me gustaría quedarme en el mismo sitio... como en tu sueño.... No tener que moverme.

Sara-

O puede que sí lo hagas, sino que al despertar... no te acuerdas.

Robert-

Pero... no hay forma de quedarse quieto.

La música se detiene y entran los músicos y coreutas al fondo de la escena y forman un corrillo de espaldas al público. Robert y Sara se giran para observarlos.

Alan- *(A los coreutas)*

Esto iría justo después del número de los cuchillos... Lo que digo es que vayamos saliendo uno por uno hasta formar la línea... con la música todo el tiempo... cuando estemos todos en el centro, lo que digo es que hagamos movimientos pequeños y concretos, pero hay que hacer los acentos de la música para que funcione, porque si no todo es muy baboso. ¿Me entienden?... probémoslo otra vez y verán.

Músicos y coreutas salen de escena. Robert y Sara vuelven a mirar al frente. Robert está incómodo.

Sara-

No te preocupes... saben que eres un amigo mío, nadie te va a poner ningún problema.

Robert- *(Sonríe)*

¡Qué bueno!

La música circense vuelve a sonar los coreutas van entrando uno por uno, hasta formar una línea de espaldas al público en el fondo del escenario.

Robert-

Aquí todo parece tan tranquilo...

Sara-

Pero ¿qué dices?

Robert-

Hay una tranquilidad amable que me gusta

Sara-

¿Tranquilidad?, con estos ahí detrás dándonos la lata.

Robert-

Ojalá todo fuera así de sencillo... artificio, dicha y diversión... Pero no, el mundo real está allá afuera esperando para devorarnos.

Sara- *(Riendo)*

No seas tan dramático.

Robert- *(Riendo)*

Es en serio, está esperando para darnos un buen mordisco.

Sara- *(Riendo)*

Ese mundo real que pintas es un glotón... ¡Está bulímico!

Los dos ríen divertidos. Los coreutas hacen movimientos pequeños, con los brazos y la cabeza, marcando los acentos de la música. Sara los mira un momento.

Sara-

Espero que no tenga que ir en esa escena... ¡es malísima!

Robert-

Esta es la última vez que vengo, Sara.

Sara-

En algún momento iba a pasar.

Robert-

Mi situación es... complicada.

Sara-

Está bien.

Robert-

Esto no es fácil para mí. Yo...

Sara-

No hay que dramatizar... Todo está bien. Tu tienes tu vida, yo la mía y ya está.

Robert-

Lo siento mucho...

Sara- *(Sonriente)*

Yo no estaba esperando nada... Nunca he esperado nada... de nadie, ni siquiera de mí... No vale la pena. Todo llega y de la misma forma se va. Hay que vivir el momento y ya está. Que venga lo que venga, total... Ha sido agradable hablar contigo. *(Sonríe)* Aunque a veces te

pongas un poco melodramático... Mucho aburrimiento debes tener para venir aquí sólo a escucharme decir bobadas. Pero bueno, al fin y al cabo todos somos un poco extraños...
(Dulce) No te preocupes por mí. Yo estoy acostumbrada a ver a la gente pasar... No lo digo con tristeza, no, es sólo una constatación. Es así. Además, yo también estoy de paso...
(Recordando) ¡Ay! ahora que lo pienso... una vez soñé que estaba llena de... ceniza... como si mis brazos y mis piernas... bueno, todo mi cuerpo fuera de madera... no como un títere... más bien parecía una especie de vagón de tren y me movía acostada sobre unos rieles oxidados... y podía moverme sin ningún esfuerzo... ¡tenía motor! *(Ríe divertida)*

Robert-

¿No te importa?

Sara-

¿El qué?

Robert-

No volver a verme.

Sara-

Acabas de decir que no va a ser posible.

Robert-

¿Y no te importa?

Sara-

¿Qué más da?... Si no voy a poder a hacerlo. *(La coreografía de los coreutas termina, hacen un gesto en el centro y salen. Silencio. Sara mira a Robert y le acaricia la cara con dulzura)* ¡Que sí!... No pongas esa cara, tonto... pero la vida es así y hay que dejarla fluir. Ven, recuéstate aquí. *(Robert pone su cabeza en las piernas de Sara y ella le acaricia la frente)* Igual la vida da muchas vueltas, quien quita que nos volvamos a encontrar. *(Sara le canta a Robert con suavidad)*

Y así la ruleta gira;

gira y gira sin parar;

¿cuántas vueltas da la vida?

¿cuántos pasos hay que andar?

Se va el mar y se devuelve.

Luego es calma, el huracán.

Todo grito es ya un silencio

y en el triunfo hay soledad.

Y así la ruleta gira;
gira y gira sin parar;
¿cuántas vueltas da la vida?
¿cuántos pasos hay que andar?

Quien vive juega este juego,
donde no hay vencedor.
Vivir es estar jugando,
con la ley del jugador.

Ganar por estar perdido
y perdiendo, el perdedor.
Perder por estar ganando
y así hacerse ganador.

Gira ruleta, gira;
gira y gira sin parar.
Pero no hagan sus apuestas,
que aquí nadie va a ganar.

Alan- *(Voz en off)*

¡Sara!... ¿Dónde diablos estás?... ¡Estamos ensayando la escena que va después de los cuchillos
y tú debes ir en el centro de la fila!

Sara- *(Dramática)*

¡Ay!... ¡No!... ¡Justo lo que no quería!... ¡vaya mierda!

Alan- *(Voz en off)*

¡Sara!

*Sara le da un beso a Robert en la frente y sale corriendo. La diana empieza a girar a gran
velocidad. La luz baja lentamente.*

Escena 10

El escenario está dividido –a través de la luz- en tres espacios distintos, que forman una diagonal, y que se irán encendiendo y apagando cuando se requiera en la escena:

Espacio 1: *Mismo espacio de la escena 3, al lado izquierdo del proscenio. El escritorio está lleno de papeles en desorden, está la misma botella de whisky (esta vez vacía) y el computador portátil; alrededor del escritorio varias cajas.*

Espacio 2: *En el centro de la escena, están el armario, el televisor con la pantalla rota, las cajas y la maleta que vimos en la escena 2, pero ahora éstas se encuentran abiertas y los objetos están tirados por el suelo.*

Espacio 3: *En el lateral derecho, al fondo de la escena, está la diana que vimos en la escena anterior.*

Se enciende el espacio 1. Luisa está sentada en la silla, lleva el pelo trasquilado muy corto a un lado -como de chico- y el otro lado a medio cortar. Debajo de la mesa se encuentran todos los coreutas apretujados, con cámaras y micrófonos.

Alan – *(En susurro)*

Bien callados todos, que si este nos ve nos mata.

Luisa mira el escritorio sin tocar ningún papel. Alberto entra con una caja en la mano y mira con preocupación a Luisa. Un coreuta estira un micrófono de ambiente y amplifica la conversación.

Alberto –

Las cosas personales que he ido encontrando las he puesto en esa caja del fondo, por si quieres mirar. *(Luisa no se mueve. Alberto deja la caja en el suelo, sin percatarse de los coreutas)*
Todas las carpetas que están en esa caja de allí son del proceso... pero si quieres puedes ayudarme a embalar esto, que ya está clasificado.

Se enciende el espacio 2. Allí vemos a Blanca sentada en el suelo, con todos los objetos tirados a su alrededor, bamboleándose hacia delante y hacia atrás. Parece que masculla algo. Se enciende el espacio 3 y descubrimos a Sara, atada como una estrella de pies y manos a la

diana, con varios cuchillos clavados a su alrededor. Cuando los tres espacios se están iluminados, se enciende un cenital al lado derecho del proscenio, allí está Robert.

Robert – *(Al público)*

Evidentemente en este punto, yo ya no estoy aquí, soy una imagen ficcional, solamente. Una ausencia significativa, que al hablar con ustedes se ha vuelto presencia. Pero no se confundan, esta presencia está ausente. Yo soy alguien que ya no está... Pueden verme, aquí y ahora, gracias a la magia de la ficción... Soy una ilusión óptica, nada más. Lo que pasa es que ... quería... ¡ver!... ¡Como ustedes!... Saber... *(Mira a los demás personajes)* cómo están ellas, nada más... Nunca es fácil alejarse... Aunque uno se haya ido así, como yo, de una manera abrupta; nunca es fácil hacerlo, no. Hay una parte de uno que... Y no es que quiera volver, no... No se trata de eso... pero... no sé... es como si no pudiera irme del todo... como si hubiera una parte de mí que se hubiera quedado aquí... como enraizada... anudada, no sé... con ellas... en las cosas... en el aire... Es extraño... Creía haberme ido, pero... aquí estoy... Pero bueno... mejor me callo, porque ustedes y yo lo que queremos es ver.

Robert sale del cenital y se dirige al espacio oscuro que ocupa el público. El cenital y los espacios 2 y 3 se apagan. Alberto organiza un bloque de documentos que está sobre la mesa, Luisa no se mueve. Alberto la mira preocupado. Los coreutas extienden micrófonos de ambiente para amplificar la conversación.

Alberto –

Sé que es difícil, pero entre más rápido salgamos de esto, más fácil va a ser para todos. *(Luisa se levanta y camina hacia la caja donde están los objetos personales.)* No es mucho... son cosas que tenía en el escritorio... *(Luisa mira los objetos sin que nada parezca interesarle. Alberto la observa preocupado)* Yo estoy aquí para lo que necesites... Lo sabes, ¿verdad? *(Luisa no responde)* No tienes que guardártelo todo... Conmigo puedes hablar, Luisa... Blanca no está bien, no puedes ser tan dura con ella... *(Luisa coge un cuaderno que está en la caja y vuelve a la silla)* ¿Sabes si ha vuelto el médico?... no puede estar sola en estos momentos... no es bueno para ella... Tenemos que hacer algo... quizá con ayuda profesional...

Luisa –

Lo que quiere es llamar la atención.

Alberto –

No, Luisa... está mal, de verdad. Tu padre lo sabía... Ella... Ella... no está bien... Ha estado medicada y hay que prestarle atención en serio.

Luisa –

Sólo piensa en ella, eso es lo que pasa.

El espacio 1 se apaga y se enciende el espacio 3. Sara está sentada frente a la diana de madera que gira a gran velocidad. Se ve decaída y triste. Tiene un largo cuchillo en la mano que mira con atención.

Sara – (Cantando a capela)

A Youkali yo llegaba,
en mis sueños a Youkali.

El país de los deseos
es Youkali.

¡Oh! Youkali.

A Youkali navegaba,
en mis sueños a Youkali.

Esa isla diminuta
es Youkali.

¡Oh! Youkali.

Sara mira a algún punto del público como si viera a alguien concreto.

En mis sueños fue posible.

En mis sueños fue probable.

En mis sueños sí existía

ese Youkali,

¡Oh! Youkali.

El espacio 3 se apaga y se enciende el espacio 2. Blanca continúa sentada en el suelo, con todos los objetos tirados a su alrededor. En distintos puntos del espacio se encuentran los

coreutas observándola, con micrófonos y cámaras de video. Blanca se mueve hacia delante y hacia atrás en un movimiento continuo, parece ida. Habla con balbuceos que apenas se entienden. Todos miran al coreuta 4, quien se acerca con un micrófono y amplifica su voz.

Blanca – *(mascullando una canción)*

Niña bonita
de ojos grandes y risa alegre
mira en el fondo de mi pupila,
mira el dibujo que se perfila.

Es tu sonrisa la que me invita,
Niña bonita,
La que me grita,
Niña bonita,
La que me...

Blanca detiene la canción y asusta al coreuta 4 mirándolo fijamente. Sin moverse, el coreuta 4 mira asustado a Alan, mientras la mirada de ella vuelve a perderse en el espacio. Alan le hace un gesto como indicando que está delirando

Blanca -

¿Dejen de mirarme?... ¿Creen que no sé que están ahí?... (Todos se miran extrañados. Ella cierra los ojos y se golpea la cabeza.) Uno... dos... tres... cuatro... ya no están... no, ya no están... al abrir los ojos no quiero verlos... cinco... seis... siete... ocho... nueve y diez... (Abre los ojos y mira fijamente al coreuta 4. Se levanta y le quita el micrófono con rabia. El se lo entrega asustado y corre a esconderse detrás de Alan. Blanca empieza a vociferar con fuerza mirando al vacío. Ya no puntualiza la mirada en ninguno de ellos, corre de un lado a otro enloquecida) ¡Lárguense!... ¡Déjenme en paz!... ¡No más!... ¡No más! ¡No puedo respirar!... ¡Me están asfixiando!... ¡Déjenme tranquila!... (Los coreutas se apartan de los sitios por los que pasa Blanca, pero ella parece no verlos concretamente.) ¿Es que no se dan cuenta de lo que me están haciendo?... ¡Necesito estar sola!... ¡Quiero estar sola!... ¡No más!... ¡Esta es mi casa!... ¡No tienen ningún derecho!... ¡Lárguense!... ¡Lárguense maldita sea!... ¡Déjenme en paz!

Blanca corre y se encierra en el armario. Todos, menos Alan, van tras ella y pegan los oídos al armario para intentar oír algo. Alan les hace una seña para que dejen de escuchar y saca un control remoto. Los coreutas vuelven a tocar la primera melodía de la obra.

Alan- *(Al público)*

No hay escondite que evite
la daga de un ojo que indaga.
No existe escondrijo que oculte
la llaga de aquel que naufraga.
Hoy todo se sabe,
ya nada es secreto.
Hoy somos el blanco
de un juego perfecto.
Estamos expuestos,
es eso lo cierto;
los ojos ajenos
están siempre abiertos.
Hoy nada se oculta
Hoy todo se cuenta.
Hoy somos el blanco
de gente sedienta.
Estamos expuestos,
es eso lo cierto,
vivamos entonces,
sabiendo que es cierto.

Alan oprime el control remoto y la imagen de Blanca en el interior del armario se proyecta en la pared del fondo. Alan hace un gesto a la cabina para que amplifique el sonido y baje la luz. La proyección muestra un primer plano del rostro de Blanca, que le habla a alguien sin mirar a la cámara.

Blanca -

Shhh... No digas nada... *(Hace un gesto de silencio con la mano. Escucha si hay algún ruido en el exterior)* Es igual que esa vez... ¿Te acuerdas?, Robert... que vivía con mis padres y viniste a verme y... no sé cómo terminamos escondidos en el armario, ocultándonos de no sé qué... Me acuerdo que tratábamos de no hacer ruido, pero no podíamos parar de reírnos... *(Sonríe)* Era tonto y excitante al mismo tiempo, ¿te acuerdas?... Nada parecía tener importancia... Todo era risa y nerviosismo... ¡Dios! qué ansiedad la que teníamos entonces... Queríamos comernos el mundo... No parabas de reír y de cantar... *(Canta sonriente)* Niña bonita de ojos grandes y risa... *(Detiene el canto)* Tenías tanta confianza en el porvenir... Estabas seguro de que lo mejor estaba por llegar... *(De algún bolsillo saca la carta que le dejó Robert)* No entendí qué me quisiste decir... parece un acertijo... Pero no he podido descifrarlo... *(Sonríe)* Esa manía tuya de hablar siempre de lo que estaba por venir... ¡Esa manía tuya!... *(La sonrisa se desdibuja de sus labios y suspira)* El futuro... ¡Dios!, ¡cuánto tiempo nos pasamos esperando ¡el futuro!!... Y mira... *(Mira a la cámara)* ¡Al fin llegó!

Blanca mira a la cámara por algunos segundos, luego mira la carta y la arruga; vuelve a mirar a la cámara hasta que su rostro se desvanece en la oscuridad.

Oscuro.

FIN.